

— LA —
— el ab alquót lo ou orat, rónge is, bobot lasó —
— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

ESCALERA DE CHANCILLERIA

— POR —
— el ab alquót lo ou orat, rónge is, bobot lasó —

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

— Casi todos, señores, pero no el temple de la Ja-

JUNTA DE

CONSEJERIA DE CULTURA

El marqués del Salar, uno de los ilustres ascen-
dientes de esta noble familia en el reinado de Felipe
II, quiso recorrer la España. Salió de sus dominios
acompañado de numerosa servidumbre, y dirigióse
primeramente á Granada, ciudad que le habían pin-
tado como la mas bella del universo. Visitó la Alham-
bra, Generalife y demas lugares dignos de ser admi-
rados, y cuya fama ha tenido eco en los mas recondi-
tos países del globo, y ya se disponia á salir para Ma-
drid, á donde le llamaban con mucha prisa asuntos de
interés, cuando uno de los principales señores de
la ciudad que le habia acompañado en calidad de
cicerone:

—Marqués, le hizo observar, si os marchais ahora, podreis decir que habeis visto los mas notables monumentos de Granada, pero muy bien puede ser que en vuestra relacion echen de menos alguno.

—¡Qué! ¿no los he visto todos? exclamó con asombro el del Salar.

—Casi todos, si señor, pero no el templo de la Justicia, la gran Chancillería.

—Culpa vuestra será en tal caso semejante falta.

—No, marqués, iba á tener hoy el honor de llevaros allá... pero los encuentro de improviso dispuestos á marchar de aqui.

—Entonces os suplico me lleveis ahora mismo á la Chancilleria, no perdamos tiempo; á la vuelta me marcharé.

Salieron ambos señores con direccion á la Plaza Nueva donde se halla la Chancilleria. Llevaba el marqués una sencilla y elegante ropilla de terciopelo azul oscuro, adornado con botones de azabache, una capilla negra, guarnecida de galon de seda del mismo color, y un sombrero pardo de ala ancha, en el que ondeaba una graciosa pluma blanca. A su lado caminaba el acompañante, y á alguna distancia detrás iban cuatro lacayos vistiendo la librea de la casa de que dependian.

Empezó la obra del edificio de la Chancillería en 1584, y continuó hasta 1587, bajo la direccion de Martín Diaz Navarro y Alonso Hernandez: su fachada es bonita, con tres puertas; dos columnas de jaspe hay á cada lado de la de en medio, y sobre su entablamento se ve un leon de escultura que tiene en sus garras una tarjeta con una inscripcción en latin del

célebre cronista Ambrosio Morales, la que vertida al castellano, dice así: «A fin de que la grandeza del tribunal correspondiese á los solemnes asuntos que en él se tratan, el sabio Felipe II determinó engrandecer y adornar con decoro esta regia estancia, siendo presidente D. Fernando Niño de Guevara: año de 1587.» Siete elegantes balcones descansan sobre ménsulas, y sus ventanas están adornadas de jambaje de buen gusto. Sobre el balcon principal hay dos estatuas que representan la Fortaleza y la Templanza. Admiró el marqués todos estos pormenores que le hacía notar su acompañante, dió una vuelta alrededor de Chancillería, y entró por último en ella.

—Por mi fe que es pésima la escalera, exclamó subiendo la del edificio.

—Razon teneis, señor, contestó el guía: pero es solamente provisional. Cuando nuestro augusto monarca D. Felipe II despues de la batalla de S. Quintín trató de hacer S. Lorenzo del Escorial, mandó recoger todos los mármoles que estaban destinados á la conclusion del edificio: solamente le faltaba la escalera, y con objeto de hacerlo practicable, fabricaron la que veis, que es bastante mezquina y desdice notablemente de lo demas de la obra.

—Ciertamente: ¿pero qué es eso? ¿hay tribunal? Y al decir esto señalaba el marqués un magnífico salon, cuya puerta abierta de par en par dejaba ver una escena bastante imponente y majestuosa.

Estaban cubiertas sus paredes de un lujoso tapiz de grana, galoneado de anchas franjas de oro. En el testero de enfrente resaltaba el dorado marco de un magnífico retrato del monarca reinante, cubierto de

un suntuoso dosel. Debajo de éste y sobre un piso alfombrado, tres piés mas alto que el resto de la sala, y al que se subia por seis escalones adornados de elegantes balaustradas, estaban sentados en grandes sillones de terciopelo carmesí el presidente y demas jueces, puestas sus negras togas. Una mesa, vestida con tapete del mismo color de la colgadura, y en la que habia una escribania de plata, se hallaba en el centro de aquel recinto. A los lados de ésta, y sobre dos largos escaños, estaban los intérpretes de la ley.

Los seis escalones separaban de este lugar el sitio destinado al pueblo que acudia á presenciar los actos. En el testero opuesto al del retrato del rey, se veia sobre otro cuadro la diosa de la Justicia con la espada y la balanza.

Se hallaba reunido en pleno el terrible tribunal. El aspecto era en verdad grave y tremendo.

—Celebran juicio, llegamos á buena ocasion, dijo el que acompañaba al marqués:

—Me alegro, contestó éste; entremos.

Y así lo hizo seguido de su comitiva. Adelantóse distraido mirando á una y otra parte, parándose un momento observando bien lo que le chocaba, y volviendo á seguir pausadamente.

El pueblo que se encontraba allí reunido, admirado de la audacia del caballero, y juzgándole gran personaje por el séquito de lacayos, se replegaba hácia ambos lados dejándole un ancho espacio.

De este modo siguió el marqués hasta llegar á los escalones. Allí fijó la vista en los jueces. La indignacion se pintaba en sus severos rostros: los labios de algunos temblaban de cólera. Todos los ojos se cla-

vaban con visible espresion de enojo en la persona del marqués.

No se habia quitado el sombrero. La blanca pluma descollaba erguida sobre aquel, como orgullosa de su superioridad. El marqués no parecia notar la tormenta que mugia sordamente en su derredor amenazando confundirlo, y seguia en su minuciosa observacion.

Púsose entonces en pié el presidente, y dirigiéndose al del Salar:

—Caballero, le dijo con imperioso y ofendido ademán: caballero: salid al momento de este sitio; no profaneis con vuestro atrevimiento un lugar sagrado; no insulteis á la justicia.

Volvió de su distraccion el marqués al oir aquellas palabras, miró en torno suyo para conocer á quien fueran dirigidas, y se encontró con las miradas de todos. Alzó entonces la vista y se halló con la fulminante del juez que las profiriera, que asombrado de no verse obedecido, adelantó un paso, añadiendo con terrible voz:

—Repito que salgais, ó usaré de la fuerza: ugie-res.... gritó con atronadora voz.

—Hasta ahora, señor oidor, no he comprendido que se trataba de mí, contestó con dignidad el marqués, que á haberlo notado antes, no hubiérais tenido necesidad de repetir vuestra orden. ¿En qué he faltado, pues, para que me obligueis á salir...?

—¿Y osais aun preguntarlo, comeliendo la audacia inaudita de presentaros ante este judiciario tribunal con el sombrero puesto?

—Sabed, señor togado, que el caballero que á vuestro parecer comete un gran desacato presentándose cubierto en este lugar, usa en hacerlo de una de sus muchas prerogativas. Soy el marqués del Salar, caballero cubierto ante el rey y su corte.

—Marqués, respondió el presidente, si el rey os concedió tal privilegio en su corte, no pudo hacerlo en su tribunal de justicia; y yo, en representación del augusto soberano, no toleraré aquí que ningún caballero se cubra cuando se celebra tan sagrado acto; salid ó descubrios.

Encogiose de hombros el marqués, y salió sin quitarse el sombrero.

Detuvo su marcha para el día siguiente; y antes de partir, llegó á su casa un alguacil con un pliego. Entrególo al del Salar, quien rompió el sello y leyó su contenido.

Era la notificación de la multa que le habia impuesto el tribunal, por el desacato que cometiera el día anterior.

—Bien está, contestó al portador, decid á esos señores que salgo al momento para Madrid donde reclamaré á mi soberano y él decidirá.

En efecto, su primer cuidado al entrar en la capital de la Monarquía, fué el de ver á Felipe II, á quien le refirió el suceso. Quedó el rey pensativo algunos instantes, y respondió al fin al marqués:

—«Eres caballero cubierto delante de mi real persona, pero no consentiré que nadie se cubra ante la sacratísima Justicia que representan allí mis oídos. Paga la multa, y sirva de ayuda de costas para cons-

truir la escalera de la obra comenzada.»(1)

No tuvo otro remedio el marqués.

Conforme lo habia ordenado S. M. pagó la multa que le Impusiera la sala de Granada, con la cual fabricaron la escalera que hoy existe; y al tiempo de facilitar la suma, no pudo menos de exclamar:

¡Miren por qué causa se completa á mi costa el edificio de la Chancilleria de Granada!

(1) Gimenez-Serrano, Manual del Viajero.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



En un momento de la obra comenzada...
los años de mandado...
ordenó al arquitecto...
con el fin de...
así como...
de...
y...
de...
de...
de...

da que pendia del techo, difundia una claridad tenue sobre el aposento.

Serian las doce de la noche. El hombre se mostraba al parecer bastante impaciente; escuchando con avidez el mas leve rumor que oia; y cuando el ruido era ocasionado por los pasos de alguna persona que atravesaba la calle tan á deshora, brillaban sus ojos de alegria preguntando con entrecortada voz:

—¿Será él?

La jóven, paraba su trabajo alargando la cabeza, la movia con amargura al sentir que los pasos se alejaban, y volvía á su tarea:

El reloj de la Chancilleria marcó las doce y media. A poco se oyó el violento caminar de una persona que marchaba casi corriendo, y dieron con la mano dos golpes en la puerta.

—¡El es! exclamaron á un tiempo el hombre y la jóven.

Dejó ésta su labor, y salió de la habitacion, volviendo á entrar á poco acompañada de un muchacho de diez y seis á diez y siete años, pobremente vestido, quien dirigiéndose al de la pierna tendida, dijo con balbuciente voz por la agitacion de la marcha:

—Buenas noches, tio Marcelo, ¿qué ocurre para llamarme....? pero, ¿qué veo? ¿estais herido?

—Sí, Luis, trabajando esta noche despues que vinimos de la plaza, se me fué la azuela de la mano y me di en esta pierna.... pero no se trata de eso; hace poco que he recibido una terminante orden del arquitecto, por la que se me manda que en esta misma noche construya otro tablado para la música, junto á la

puerta de Bib-Rambra (1), á fin de que mañana aparezca puesto, y no se detengan las fiestas que van á ejecutarse.

—Y cómo podreis...

—A eso voy. No aceptar, sería degradarme, pues no habiendo intervenido en los trabajos de la plaza mas carpintero que yo, sería un golpe fatal para mí, se ejercitasen otras manos que las mías, ó las de personas de mi confianza en ese final de obra.

—¿Y á quien pensais encargarlo?

—¡A mí! vaya, ¡sin duda os chanceais! ¿Cómo que-reis con ocho meses escasos que llevo de estar á vuestro lado, que dirija nada menos que un solar portatil, donde han de sostenerse qué se yo cuántas personas?

B. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

(1) En la plaza de este nombre, célebre por las fiestas de torneos y zambras que en ella hicieron los árabes, hay un arco al fin del ángulo que mira á Levante, que aun conserva la traza de obra morisca á pesar de las restauraciones que ha sufrido. Este arco, que en lo antiguo se llamaba Puerta de Bib-Rambra tomando el nombre de la plaza, vino despues á ser nombrado de los Cuchillos, porque en ella fijaba el gobierno municipal los puñales que aprehendía á los malhechores, y por último como en el dia se llama á consecuencia de los infaustos hechos que tuvieron lugar en ella y que narramos en esta tradicion. Encima de esta pueria, se fundó despues de la conquista una capilla á Nuestra Señora de la Rosa que aun existe, y para su culto estaba destinada la renta de una capellania. No se debe confundir este arco con el de las Cucharas, de obra moderna, que se halla en el mismo ángulo debajo de la casa nombrada los Miradores, desde cuyos balcones asiste el ayuntamiento á las funciones públicas que las mas de las veces tienen lugar en dicha plaza.

JUNTA DE

Un hondo suspiro fué la contestacion de Marcelo. El reloj de la Chancilleria dió la una.

—Luis, ya he empeñado mi palabra; mi palabra que no ha faltado durante mi vida ni una sola vez... No serias capaz..... ¡un esfuerzo....! ¿Tanto es necesario saber para levantar un tablado?

—Bien, probaré....

—Anda, Luis, anda; si á las seis estás de vuelta y me noticias la conclusion de la obra, tuya será la mano de mi hija que tanto anhelas, tuyo mi establecimiento.

—¡Ah! ¿qué decis, tio Marcelo? Me escitais de tal manera con esas esperanzas, que me voy sintiendo con impulsos para levantar no digo un tablado, un palacio con su torre y su mirador. Vamos..... ¿pero y los palos?

—En el sitio hallarás todos los materiales.

—¿Ha de ser muy grande?

—Me han dicho que como para unas veinte personas.

—Corriente, hasta la vista, tio Marcelo; cuento con vuestra promesa, pues ella es la que me anima. Antonia, pide á Dios salga con bien de mi empresa.

—No olvides que á las seis has de estar de vuelta.

—Hasta las seis.

—He ganado la mano de vuestra hija, tío Marcelo; dijo Luis entrando á las cinco de la mañana en la casa de donde partiera á la una. Marcelo se hallaba en el mismo sitio; Antonia seguía su tarea. Ninguno de los dos había dormido.

—Ven, dame un abrazo, exclamó Marcelo, teniendo los brazos hácia el aprendiz. Has sostenido mi palabra, tuya es Antonia, tuyo mi establecimiento.

—Gracias, maestro, me haceis el hombre más dichoso.... Y vaya, ¿cómo os sentís?

—Mucho mejor, acudí con tiempo, y quizás mañana mismo podré usar de mis remos.

Pero dime, ¿ha quedado eso firme? ¿cómo te has compuesto?

—Cabalmente de eso venia también á hablaros.

—¿Qué! ¿habrás hecho alguna obra imperfecta? ¿No has tenido materiales?

—Escasillos han estado..... pero en fin, todas las tablas que me trajeron se han colocado, sin que quede una astilla. Clavados se hallan todos los clavos que me presentaron. El tablado ha sido puesto; no he podido hacer más.

—Luis, espícate, tus palabras me llenan de con-

fusion; dices eso con un tono..... ¿Podria temerse alguna catástrofe?

—Tio Marcelo, voy á hablaros con franqueza lo que siento. Aunque novicio en el arte, hago bajo vuestra direccion mi aprendizajé, y de algo me ha de servir trabajar al lado de un maestro como vos. El tablado no ha quedado á mi satisfaccion. Hubiera querido mas clavos, mas maderaje, pedí y se me contestó que no habia tiempo para entretenerse en muchos requirios; que no iba á sostener el templo de Salomon, ni la catedral, y que para cuatro músicos que tocasen la sinfonia, bastaba y sobraba con aquello. Calle, conclui mi obra y aqui me teneis.

—Bien, hijo, bien, no será tuya la culpa si por algun acaso....

—Os diré: si no pasan de veinte las personas que hayan de subir, respondo de su firmeza; si cargan mas.... En fin, el tablado ha sido hecho; vuestra palabra no ha sufrido menoscabo y yo he alcanzado la mano de mi querida Antonia, ¿no es eso todo? Pues bien; ¡viva el tablado! ¡viva D. Felipe IV, que á su proclamacion debo la felicidad que disfruté!

—Gracias, Luis, gracias, eres un hombre.

—Una cosa tengo que pedir os. Hoy es dia de diversiones en Granada, Antonia querra disfrutar de ellas, vuestro estado no os permite salir; toda vez que os sentis mejor, quisiera me concedierais la gracia de acompañar á mi futura. ¿Qué respondeis...?

—Si hijos míos, id y que el cielo vaya con vosotros.

La general simpatía que se manifestó en los días de la proclamación del rey Felipe IV, se manifestó también en la plaza de Bib-Rambla, centro de las fiestas que se hicieron durante el día, relumbraba cual viva ascua, por el sin número de luces que aparecían en ella. El Zacatin y demás calles que desembocan en la plaza, vomitaban millares de personas, las que no pudiendo entrar con desembarazo por las que se les oponían queriendo salir, se formaban complicados nudos que daban lugar á blasfemantes diatribas y á provocativos insultos, mezclados de doloridos ayes, por los que sufrían robustos pisotones ó desmesurados codazos. Los Miradores, se hallaban magníficamente iluminados, como todas las ventanas de la plaza que ostentaban en ellas sus interesantes trajes y sus más interesantes rostros las garridas y apuestas doncellas del poético Genil.

Era la noche del 17 de mayo de 1621, víspera del día de la proclamación en Granada del rey Don Felipe IV. La plaza de Bib-Rambla, centro de las fiestas que se hicieron durante el día, relumbraba cual viva ascua, por el sin número de luces que aparecían en ella. El Zacatin y demás calles que desembocan en la plaza, vomitaban millares de personas, las que no pudiendo entrar con desembarazo por las que se les oponían queriendo salir, se formaban complicados nudos que daban lugar á blasfemantes diatribas y á provocativos insultos, mezclados de doloridos ayes, por los que sufrían robustos pisotones ó desmesurados codazos. Los Miradores, se hallaban magníficamente iluminados, como todas las ventanas de la plaza que ostentaban en ellas sus interesantes trajes y sus más interesantes rostros las garridas y apuestas doncellas del poético Genil.

El sordo murmullo de la multitud circulaba por toda la plaza como lejano zumbido, dejando apenas percibir los armoniosos sonos de cuatro músicas, que colocadas sobre tablados en los ángulos de la plaza, marcaban la danza que algunas parejas de egipcios ejecutaban en el centro.

Un mozuelo y una joven de modesto traje y asidos del brazo, pugnaban entre el gentio por ganar la puerta de Bib-Rambla, cansados sin duda de la bulla y confusion. Eran Luis el constructor del tablado, cerca del cual pasaba, y Antonia la hija del tio Marcerlo, su futura.

—Vámonos, Antonia, decia el aprendiz, vámonos, no puedo mirar el tablado sin que se me ericen los cabellos.... Mira, mira, dijeron que solo para unas veinte personas... y... ves...?

—¡Ave Maria! bien habrá cuarenta.

Y era cierto, mas de cuarenta hombres, entre músicos y espectadores ocupaban el tablado. No pudo éste resistir por mucho tiempo peso tan crecido, y apenas acababa Antonia de mirarlo santiguándose, cuando crugió el armazon, y vino á tierra con toda la gente que sostenia. Una exclamacion de angustia resonó entre la muchedumbre arremolinada en torno del lugar de la catástrofe. A este grito de horror siguióse un desórden terrible. Todos se precipitaban sin saber la causa, y solo porque vieron correr, hácia la puerta cercana que era la de Bib-Rambla, buscando el peligro que no tenian donde se hallaban. No pudiendo la puerta dar salida de una vez á la multitud agolpada y oprimida, ésta por los esfuerzos de los de atras, se chocaban entre sí con espantosa furia, produciendo un impulso retroactivo semejante al reflujó de furiosa ola estrellada contra las rocas. En aquel espantoso desórden, vieron los rateros un medio de ejercer su oficio; y tanto se engolfaron en la rapiña, que despreciaban los simples pañuelos, escogiendo entre los collares y arracadas. El hilo de aquellos cedia á

sus esfuerzos, pero no los pendientes; y llenos de ira al ver escapárseles de entre las manos parte de su presa, tomaron la sangrienta resolución de cortar las orejas que sostenian brillantes arracadas, como lo hicieron con algunas infelices. (1) Desde aquella fatal noche la puerta de Bib-Rambla tomó el nombre de Puerta de las Orejas.

IV.

—Ya estamos de vuelta, maestro, dijo Luis entrando con Antonia en la habitacion de aquel.

—Y á Dios gracias, continuó la jóven; crei no volver á veros, padre.

—Yo tambien me vi ya destrozado por la gente.

—¿Pues qué ha pasado?

—Maestro, lo que me temí.

—¡Qué...! el tablado...

—Ha venido á tierra con todos los músicos.

—¡Desgraciados! Si nos exigen la responsabilidad, ¿qué vá á ser de nosotros?

(1) Lafuente Alcántara, El libro del viajero. Giménez-Serrano, Manuel del viajero.

—¿Olvidais que exigí mas materiales, y que no se me dieron?

—Sí, pero y si á pesar de todo....

—Descuidad, tio Marcelo, que no vendrán. ¿Para cuántas personas os pidieron el tablado?

—Para veinte, segun te dije.

—En ese caso hemos hecho un tablado para veinte y no para cuarenta, como estaban encima y es notorio. Con que fuera temores, y vamos á cenar, que quiero acompañaros para celebrar este lance que me pone en posesión de la que amo. ¡Viva mil veces D. Felipe IV!

El suceso del tablado trágico para algunas personas, no tuvo mas resultado para nuestros conocidos, que el pago de su trabajo y el enlace de Antonia y Luis que se verificó pocos dias despues.

P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

HAZA DE LA ESCARAMUZA.

D. Leopoldo Eguilaz.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA
PRÓLOGO.

Andando yo de rebuscos por esos mundos de Dios en requerimiento de ciertos marmotretos de antaño, que un muy amigo de mi merced me habia revelado la existencia, soñando tesoros y ansiando restañar la herida abierta en mi solitario bolsillo, que sin dinero no baila el perro, tropecé, desdichado de mí, con lo que tanto atormentaba mi caletre, que al fin y al postre vino á dar con mis ilusiones en tierra, pues aparte de ser manuscritos de escrituras viejas, lamidas y aun roidas por el tiempo, para maldito aprovecha-

ban, ni siquiera para los ordinarios usos, pena de embadurnamiento, que tales eran las claraboyas del papelucho. El baratillero en cuyos andenes dormitaba de tiempo inmemorial, tenia, según barrunto, en mucho su ininteligible manuscrito; ello es lo cierto, que mirándome con inequívoca sonrisa de befa, valido de mis pocos lustros y de mi mas suave continente, que por cierto no provocaba a riña, el mercader de telarañas me dijo:

—He, seor bachiller, aguce su merced la visual y enderece su entendimiento, que así como así han tomado sus manos la joya de las librerías, el ojito derecho de los ingleses; en Dios y en mi ánima que otro gallo me cantara, si me hubiera dejado llevar del aguijon del oro, que cierto Milord de la Gran Bretaña me ofreció á manos sueltas por esos papeles que usted en tan poco tiene.

Era el mercader garralal de narices, frondoso de cejas, con cagalutas de lagañoso y prólogos de calvo, con cuya figura y el gesto acibarado como si hubiera bebido spiritus de comitre; quedeme al pronto como quien vé visiones, y ya creí que los armatostes se me venian al rostro; pero repuesto un tanto, procurando aplacar su cólera, y poner punto en su boca que así hablaba como regoldaba injurias á mi mansedumbre, entramos en convenio de lo que no me convenia, y entre tira y afloja reales de ocho y medio, fijose el regateo en dos columnarias, con lo que quedó el trato hecho, el mercader con los cuartos y yo sin ellos y con papeles empolvados y sucios.

Reprochábame en mis adentros la tibieza de mi carácter, enderezando el paso hácia mi meson, pasan-

do y revolviendo hojas, cuando cátesè usted que aciertan à ver mis ojos unas hojas en pergamino sueltas que servian de registro à una de las páginas de mi librejo. Era su letra menudisima y borrosa, pero à vuelta de algunas vigiliàs y del interés que algunas palabras me causaron, di al traste con las dificultades, teniendo lo gastado por bien gastado, y à mí con la narracion auténtica de lo que hasta entonces habia creido fábula ó sueño, no siendo mas que un verdadero suceso y una tradicion legitima, como el lector si no es bergante, picaro, tonto, ó murmurador podrá ver en la siguiente traslacion, de lo que en cierta noche del año de los Palengues acaeciò en el Haza de las Escaramuzas, tradicion que à mas del manuscrito viene corroborada con las noticias tomadas de boca de algunas viejas tabacosas y cierto buen señor que por haber pasado de los noventa y cinco, edad en que están muertos los vestiglos y las imaginaciones, es autoridad irrecusable.

En el año de gracia de mil, seiscientos y tantos, à poco de acallada la rebelion de los moriscos, en una de las tortuosas callejuelas que dan à la plaza Nueva